vuestra fortaleza; penetradnos con vuestra unción; adoptadnos por hijos vuestros con vuestra caridad; pacificadnos con vuestra presencia; salvadnos con vuestra infinita misericordia y elevadnos de la tierra al cielo, para que os alabemos, os bendigamos y os amemos por toda la eternidad.

27 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LOS EFECTOS QUE PRODUJO EL ESPIRITU SANTO EN LOS APOSTOLES.

PUNTO 1º

Considera que el Espíritu Santo en su venida obró una mudanza total en los Apóstoles, pues fueron todos llenos del Espíritu Santo; y empezaron á hablar en varias lenguas, según que el Espíritu Santo les hacía á ellos hablar..... Admiremos esta mudanza. Primero, en su Espíritu: no podían antes comprender las verdades aún más claras que Jesús les explicaba, y en un instante son instruidos de todos los misterios, y de todos los designios de Dios. Segundo, en su corazón. Eran terrenos, ambiciosos, celosos, inconstántes y tímidos, y helos aquí, todo de un golpe, espirituales, elevados, animosos, intrépidos, no deseando otra cosa que padecer y morir por Dios. Tercero, en sus talentos eran groseros, sin conocimiento, sin letras, sin elocuencia y aun sin saber bien su propio lenguaje, y de repente son elo-

cuentes y hablan todas las lenguas. Efecto prodigioso de la presencia y de la operación del Espíritu Santo. Por miserables que nosotros seamos ¿hay por ventura alguna cosa que no podamos pedir, y que no debamos esperar de un Dios tan bueno y tan poderoso? Mudanza repentina. No fué necesario ni tiempo, ni estudio con este divino Maestro. El mismo día, en el mismo instante en que bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, los Apóstoles fueron otros hombres tuvieron otras ideas, otros afectos, otros sentimientos. Si el Espíritu Santo no obra ahora mudanzas tan repentinas y tan estrepitosas, porque no es necesario, no deja de obrarlas todos los días, internas y prontísimas, cuando los corazones se acomodan y se hacen dóciles á su operación. Si ya, pues, de largo tiempo, no se hace en nosotros alguna mudanza; si nosotros somos siempre los mismos, con las mismas flaquezas, con la misma debilidad, con las mismas imperfecciones, concluyamos de esto que no tenemos ciertamente al Espíritu Santo por Maestro, ó que si él nos habla no lo es-

cuchamos, no le obedecemos; lo contristamos, le resistimos. ¡Ay de nosotros! ¿Por qué, pues, nos oponemos á nuestra propia felicidad? Mudanza perfecta. En aquel momento supieron todo lo que debían saber, y fueron todo lo que debían ser. No fué necesario en adelante añadir cosa alguna á sus conocimientos, ni perfeccionar sus disposiciones, ni cultivar sus talentos. Lo que recibieron en aquel día, lo recibieron en su perfección, y lo recibieron para siempre. No les quedó que hacer otra cosa que obrar y emplear los dones que habían recibido. Antes bien, el Espíritu Santo que habitaba en ellos, les explicaba el momento y la manera de aplicarlos y les sugería lo que debían hacer y decir. Esta perfección que no tiene ya necesidad de aumento, mira los dones que habían recibido para la Iglesia, para su enseñanza, para su establecimiento y para su gobierno. Porque en orden á ellos mismos en particular, es bien claro que debían todos los días crecer en perfección y en mérito, como lo hicieron por toda su vida, que acabaron con el martirio. En cuanto á

nosotros querríamos ser perfectos, todo de un golpe, sin que nada nos costase. El Espíritu Santo hace todo el bien espiritual que hay en nosotros, y haría mucho más si le fuésemos dóciles; pero el pide nuestra cooperación, nuestro estudio, nuestra aplicación y nuestra fidelidad.

PUNTO 2º

El Espíritu Santo es un Espíritu de vida que nos anima; un Espíritu de gracia que nos santifica; un Espíritu de sabiduría que nos instruye; un Espíritu de amor que nos une á Dios. Un Espíritu que de hombres nos hace dioses; de pecadores, justos; de débiles, fervorosos; de coléricos, benignos; de ignorantes, sabios, de soberbios, humildes; de tímidos, animosos. Estos efectos produjo en los Apóstoles y en todos los mártires. El Espíritu Santo es un Espíritu de paz, que calma nuestras pasiones; de fuerza, que nos purifica; de libertad, que nos desprende del mundo; de alegría, que nos consuela; de humildad, que nos inspira sentimientos bajos de nosotros mismos;

de obediencia, que nos tiene sumisos; un Espíritu, en suma, de caridad y de misericordia, que nos enternece. No somos miembros de Jesucristo, si no vivimos del Espíritu de Jesucristo. El Espíritu Santo no desciende sobre los soberbios, ni sobre aquellos que tienen el espíritu del mundo. No reposa en los corazones inquietos; mira con horror á las almas impuras; se aparta de los espíritus vanos y ambiciosos; sostiene guerra abierta contra la carne. El Espíritu Santo vive en nosotros por medio de la gracia; permanece en nosotros por medio de la caridad; reina en nosotros por medio del amor y reposa en nosotros por medio de la paz. Le contristamos con el pecado venial; le damos la muerte con el mortal; le perdemos por el amor del mundo; le despedimos con el odio del prójimo; le crucificamos con la delicadeza y los deleites de la carne. ¿Estás animado tú del Espíritu de Dios? ¿Vives tú de este Espíritu? ¿Obras á impulso de este Espíritu? Tres espíritus hay contrarios á este soberano Espíritu: el espíritu del mundo, el espíritu de la carne, y el es-

píritu del demonio. El espíritu del demonio inspira vanidad; el espíritu de la carne, sensualidad; el espíritu del demonio, el tedio, la cólera, la venganza. Más, el espíritu de Dios nos inspira la humildad, la mortificación de los sentidos, la caridad con el prójimo, la mansedumbre y la paciencia. Observa que espíritu te gobierna, si de Dios ó del demonio; si el de Jesús, ó el espíritu del mundo y de la carne.

28 de Octubre

MEDITACION

SOBRE EL TRANSITO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

PUNTO 1º

Considera como después de la Ascensión de Jesucristo quedó María en la tierra para cuidar de la propagación de la fé. Por lo cual á ella acudían los discípulos de Jesús, y ella les resolvía sus dudas, los confortaba en las persecuciones y los animaba á trabajar por la divina gloria y por la salud de las almas redimidas. Bien gustosa se detenía ella en la tierra, entendiendo ser esta la voluntad de Dios para bien de la Iglesia; más, no podía dejar de sentir la pena de verse separada de su querido Hijo, que se había subido al cielo. Consolaba la Santísima Virgen su corazón enamorado en tan dura ausencia con las visitas, según se dice; de los santos lugares de la Palestina, que el Hijo había santificado con su presencia: visitaba á menudo ya el esta-